

RESEÑA DEL LIBRO

La realidad, el sujeto y el objeto¹



JORGE LUIS SANTALLA²

Leonardo Peskin nos alcanza un nuevo libro: *La realidad, el sujeto y el objeto*. Cada uno de los significantes en cuestión es merecedor, por sí mismo, de un libro (el primero de Peskin refiere al sujeto); sin embargo, los anuncia y afronta juntos y articulados. La multitud de conceptos que Peskin toca hace que este comentario se limite a arrimar una visión, naturalmente sesgada y concisa, de lo que el título lleva, a lo largo de ocho capítulos, en su intimidad.

Uno de los aspectos más importantes, y que circula en todo el desarrollo de Peskin, es que el tema de la «realidad» nos concierne como psicoanalistas —particularmente como psicoanalistas—,

aunque a veces pareciera que nos es ajeno. Y Peskin lo redacta como psicoanalista. Sus articulaciones se anclan fundamentalmente en Freud y —como su convicción lo dicta— en Lacan, aunque no solo en ellos.

Peskin despliega una escritura en la que los temas retornan una y otra vez, y como paciente y perseverante orfebre bórromeo, los va re-tomando, re-recorriendo, re-realizando, aunque siempre, como debe ser, con diferencias. A lo largo de los capítulos, teje la urdimbre que recorre las articulaciones que el título anuncia, y entre sus hilos, trama, siempre, uno de sus intereses fundamentales: nuestra práctica. No todos los capítulos tienen la misma densidad conceptual, sí idéntica jerarquía intelectual. Y nos participan tanto de una posición teórica como ética.

El Prólogo de Néstor Braunstein es de gran valor indicativo de la claridad con la que Peskin aborda cuestión tan compleja como esta.

- 1 Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- 2 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. jorgelsantalla@fibertel.com.ar

El epígrafe de Borges, una síntesis elocuente y brillante de lo mismo.

En el primer capítulo, «Constitución de la realidad», anuncia una hipótesis fuerte: la realidad se constituye. En él enuncia la heterogeneidad de «realidades» que circulan en nuestras vidas —la consensual, la de los sueños, etc.— y anticipa su epistemología. Su base, Freud y Lacan; sus tres registros. Imaginario, Simbólico y Real. Toda «realidad» debe ser concebida en la articulación de los tres.

Propone un concepto: «poiesis de la realidad», que, como su nombre lo indica, implica una creación —poética, si se quiere—, y sus creadores somos nosotros, pero no solo la creamos, la habitamos en la trama que habilita y limita sus posibilidades.

Así vamos al segundo, «Armazón de la realidad». A los efectos, Peskin parte de Freud y su metapsicología, con la que fue factible arribar a la propuesta de «realidad psíquica» como fundamental para comprender la neurosis, pero también para abordar los límites entre esta y la realidad consensual-material. Va incorporando los elementos, las variables lacanianas, imprescindibles para el «armado de la realidad»: la sexualidad, el deseo, la castración y el fantasma. En otros términos, el Sujeto y el objeto. Recalca una concepción en la que se supone al sujeto intentar resolver una falta originaria y cuya resolución será, entre

otras, su concepción de la realidad. Vale destacar que el organizador *princeps* es una falta, no una esencia. Sin embargo, requiere que definamos dónde ubicar la realidad: *dentro o fuera*.

En el tercero, «Algunas puntuaciones sobre la realidad en la obra de Lacan», hace un recorrido exhaustivo del desarrollo del maestro francés, poniendo énfasis en el imaginario como constituyente de una «primera realidad» y su articulación con lo simbólico. Traza un recorrido minucioso y profundo de los gráficos que, a los efectos, propone Lacan. Así se detiene en los Esquemas: L y R, y las variables que incluyen en su representación de la constitución de la realidad individual; y el Esquema L para la psicótica. Luego, introduce lo Real. En una frase sintetiza Peskin la versión que va constituyendo: «La realidad, en, definitiva, es un montaje complejo del orden del significante, unido a lo imaginario, por fuera de lo real».

En el cuarto, «La realidad y la sublimación», Peskin retoma el punto neurálgico del agujero, el hueco consecuente a una cosa-pérdida originaria, constitutiva de lo humano, en derredor del que se constituye la realidad humana. Este rodeo, según él, es ya un camino a la sublimación. Recuerda a Lacan y uno de sus aforos, en la sublimación... «El objeto aquí es elevado a la dignidad de la cosa». Este camino de «elevación» tendrá

significativa importancia en lo que a las cuestiones del fin de análisis concierne. Peskin nos acerca un esquema propio, con bases lacanianas, que podríamos nominar «esquema del engranaje», en el que justamente «engrana» el agujero pulsional, el objeto «a», el deseo y las acciones sobre el mundo. Propone que la «misma creación del objeto a, forjado por la insistencia pulsional, es un hecho sublimatorio». Otro aspecto que despierta inquietudes es abordado por Peskin: «el sublimar no es una garantía de salud ni de estar del lado del bien». Debemos incluir la subjetividad, represión mediante, al Otro y su calidad, el Ideal y lo real, y lo posible, su encausamiento para reconocer su destino. Es claro que se hace necesario incluir la función paterna en la cuestión, y la condensa en los siguientes términos: «Quizás podamos decir que la posibilidad de actuar de acuerdo con el deseo sujeto a la Ley paterna en la realidad corriente [Wirklichkeit] está condicionado la realidad psíquica [Realität], en la medida en que ambas son el anverso y el reverso de la subjetividad». Y agrega otro de sus aportes: «cada quien atraviesa un proceso de morfogénesis de un padre». En alguna medida, todos «creamos» un padre y, en esa morfogénesis, parte de la realidad.

En el quinto, «El psicoanálisis como una investigación que parte desde la realidad», propone una reflexión: «Quizás podamos decir que el objeto del psi-

coanálisis es el sujeto, ya que emerge en la articulación del inconciente con la pulsión». Otro tema que atañe a la cuestión es el del «encuadre psicoanalítico». El concepto ha recorrido un camino largo y con propuestas de características diferentes y hasta contrapuestas. Peskin aporta un concepto de Foucault, que es el de «dispositivo», y lo analiza a la luz de lo que hace al encuentro en nuestra práctica entre el «deseo del paciente» y el «deseo del psicoanalista», y las necesarias complejidades que contiene.

Toma y re-toma el desarrollo del *infans* y su isomorfismo con algunas creencias religiosas. Es inevitable que al tocar el tema de la realidad, se acerque el tema del tiempo, y lo aborda considerando un «tiempo del narcisismo» que alude a la realidad del instante, y variedades de postergación que atañen a la necesaria demora por el tiempo de la espera que requiere del deseo. El punto, mítico, de la articulación de la pulsión con el deseo constituiría lo atemporal e inmortal del deseo, que al articularse al «engranaje simbólico», motoriza y temporiza la operación del sujeto.

El sexto es «La realidad y la clínica». Como es previsible, e inevitable, aborda la cuestión de la transferencia. Es que la transferencia representa el tema *princeps* en el que se juega esta compleja articulación Imaginario-Simbólico-Real, y es también uno de los que más remite a la po-

sición del analista. Recuerda Peskin que con Lacan, el analista hace semblante del objeto «a» y, apoyado en el mencionado deseo del analista y formalizado en el «discurso del analista», ejerce su función. De la transferencia nos deslizamos a las entidades clínicas y su correlativa constitución de la realidad. La neurosis, la perversión y la psicosis, acorde a sus mecanismos específicos de defensa, definen diferentes modos de ordenamiento, o creación, de la realidad.

En el séptimo, «La realidad desde la infancia a la adolescencia», recalca una posición: no hay clínica que no contenga una teoría. Es de los acuerdos mínimos que podremos abordar la práctica. Con Lacan, deberemos considerar los registros Imaginario, Simbólico y Real a los efectos de considerar una «teoría del sujeto». En ese camino, Peskin retoma los desarrollos acerca de la génesis del sujeto considerando el narcicismo, el pasaje por el Edipo con la operatoria de la castración, simbólica, la incidencia del Otro, etc. La asunción del goce sexual como propio es el desafío y se encuentra ceñido por lo antedicho y el camino de la ya anunciada hipótesis de la «creación de un padre» y la problemática del superyó. Esta cuestión lleva a Peskin a plantear cuál es el lugar de analista ante la demanda adolescente, y responde: «Se trata de no cubrir los errores, los yerros del padre, y de poder decirse: “¿Qué puedo

hacer yo con eso, para tener un punto de apoyo? Porque ese es el punto que está claudicando en mi mundo simbólico y eso cae sobre mí como deuda a pagar”».

Por último, «La realidad como espacio que limita con lo real, lo social, lo virtual y lo ficcional». Por lo que Peskin viene tratando, la realidad es definible a la manera de un campo o territorio que tiene sus límites. En el deslizamiento sobre la superficie, encontraremos diferentes realidades, pero si la perforamos, podemos acceder a lo real. En el plano de la materialidad en el que se desliza la subjetividad se puede introducir otra «materialidad», la del significante, que permite acceder a lo «irreal», lo ficcional, sin que se altere la posición del sujeto en la realidad. Pero no solo lugares espaciales constituyen la realidad. Multitud de estímulos como olores, palabras, sensaciones corporales, etc., serían las cosas, concebibles e inconcebibles, que operan en la vida del sujeto. Entre estas versiones, escenas, transcurre el sujeto intentando resolver la pulsión, lo real y la repetición. «Nuestra expectativa es que la repetición como expresión tanática ceda y podamos observar en la realidad de la vida de las personas que, frente a hechos que se presenten, encuentren nuevos modos, para que la realidad sea más placentera, acorde al deseo y la transformación que lograron de sus síntomas». Frase con la que culmina Peskin su libro.

A lo largo de su obra, Peskin va cumpliendo rigurosamente con su propuesta al tiempo que su lectura ejerce cierta conmoción. Es un libro que va produciendo efectos que promueven nuevas «versiones de la realidad» y, por ende, subjetivos. Kierkegaard, en su prólogo a

La alternativa, hace dialogar a un libro y sus palabras, con su lector al que dice: «léelas de tal suerte que después de haberlo hecho sigas siendo como los que no han olvidado lo que leyeron», Creo que los lectores de Peskin se enrollaran, como yo, en este conjunto. •